

05/03/2015



TESTIMONIOS - Cuando hablamos de las reservas de los indígenas nativos estadounidenses corremos el peligro de asociarlos solamente con los arcos y flechas de la pantalla grande. Hollywood los ha “descrito”, pero no logró ver objetivamente la destrucción de la identidad cultural perpetrada por la sociedad, y que en la actualidad se ha acentuado debido a la difusión de la droga, del alcoholismo y de las apuestas. Cuatro misioneras de la Consolata están comprometidas en la reservación que se encuentra a unos 50 kilómetros de Phoenix para ayudar a las minorías de la reservación de Gila River. Antes se ocupaban principalmente de las comunidades de afroamericanos e hispanos, pero desde el verano del año pasado han ampliado su radio de acción hasta llegar a la comunidad indígena.

«Servir a la población nativa es una respuesta –narra sor Riccardina Silvestri, que desde hace 36 años se encuentra en misión en los Estados Unidos– a nuestras prioridades. Los indígenas estadounidenses son la etnia más olvidada, es como si no existieran. La suya es una historia de opresiones y abusos contra una cultura y una identidad». En la Gila River Community viven alrededor de 20 mil personas, sobre todo de las etnias Pima y Maricopa. Cuando las monjas llegaron en agosto de 2014, la comunidad las recibió con los brazos abiertos. Las religiosas tratan de «conocer la cultura y de encontrar a la comunidad mediante la catequesis y el contacto personal. Nuestro carisma de consuelo es uno de los matices de la evangelización. Y

constituye el motivo de nuestra presencia».

Las religiosas se encuentran en un contexto religioso híbrido, en el que el gran porcentaje de indiferencia va acompañado con «una mezcla de prácticas tradicionales y cristianas (presbiterianas, bautistas, católicas)». No es fácil servir a una minoría que siempre se ha sentido discriminada y que en la actualidad debe afrontar los frutos negativos de la modernidad: el alcoholismo, la droga, la disgregación familiar, las pandillas... Sin mencionar el elevado índice de diabetes que es una de las mayores causas de mortandad a cualquier edad. Por ello, no hay que pensar en la reservación como si fuera un espacio cerrado y alejado del mundo. «Acceden libremente a los supermercados, a las actividades deportivas y a los programas educativos». Pero no son aceptados con facilidad.

La población muestra «dos actitudes: por un lado los ignora y, por el otro, los observa con circunspección». No faltan, pues, los instrumentos para relacionarse con el exterior, empezando por el acceso a internet. «Aquí, como en cualquier otro sitio, hay iPhones, tabletas y juegos electrónicos. Están al alcance de la mano e influyen en la baja moral». El acceso al mercado del trabajo es un gran problema, aunque el bogobierno tribal ofrezca puestos en el sistema público (hospitales, casas de descanso, escuelas...). Es también importante la presencia de las granjas, cuyo éxito está garantizado por las redes de canales que facilitan la irrigación. Muchos están comprometidos en la administración de tres casinos, que representan «una de las principales formas de empleo y de ganancia».

Los jóvenes, tal vez, son los que viven la peor situación, atrapados entre las tradiciones, que no siempre comprenden profundamente, y el deseo de huir. Por lo demás, «las perspectivas de trabajo son muy reducidas: solo un porcentaje muy bajo llega a alcanzar el nivel universitario. Es alarmante el recurso al suicidio por parte de los jóvenes. Las pandillas les ofrecen un sentido de pertenencia y una distracción» frente a la soledad y a la sensación de extravío. En este contexto, el desafío de sor Riccardina y de sus hermanas es llevar una palabra diferente, capaz de influir positivamente en la cotidianeidad.

«La Iglesia puede dar la esperanza que nace del mensaje de Jesús. ¿Cómo? Restaurando su identidad, tan preciosa, pero reducida por siglos de humillación y opresiones». Una identidad que ha debido afrontar duras pruebas incluso debido a los «decretos que tenían como único objetivo la destrucción de su sultura». Y así, en la sencillez, las monjas de la Consolata ofrecen su presencia y demuestran «aprecio por la cultura tradicional, respeto por la persona y por el medio ambiente».

Fuente: Vatican Insider, 02/03/2015